

INVIERNO 1992

N.º 12

SUMARIO

ESTUDIOS

- Marcel van der Linden y Wayne Thorpe: *Auge y decadencia del sindicalismo revolucionario* 3

TEORÍA-MÉTODO

- Javier Paniagua: *Una gran pregunta y varias respuestas. El anarquismo español: desde la política a la historiografía* 31

DOSSIER: FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA

- Neville Kirk: *En defensa de la clase. Crítica a algunas aportaciones revisionistas sobre la clase obrera inglesa en el siglo XIX* 59
- Jürgen Kocka: *Los artesanos, los trabajadores y el Estado: hacia una historia social de los comienzos del movimiento obrero alemán* 101
- William H. Sewell, Jr.: *Los artesanos, los obreros de las fábricas y la formación de la clase obrera francesa, 1789-1848* 119
- M. Agulhon: *Clase obrera y sociabilidad antes de 1848* 141

LOS ARTESANOS, LOS OBREROS DE LAS FÁBRICAS Y LA FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA FRANCESA, 1789-1848

William H. Sewell, Jr.

DESDE el punto de vista británico, la historia de la formación de la clase obrera francesa resulta paradójica. Gran Bretaña fue la cuna de la Revolución Industrial; la economía francesa siguió siendo predominantemente rural y artesanal hasta el siglo xx. Y sin embargo los franceses fueron los líderes indiscutibles del desarrollo del socialismo y la conciencia de la clase obrera. La mayoría de los primeros grandes teóricos socialistas, excepto Robert Owen, fueron franceses: "Gracchus" Babeuf, Claude-Henri de Saint-Simon, Charles Fourier, Louis Auguste Blanqui, Pierre-Joseph Proudhon, Louis Blanc. También fue Francia el primer lugar donde el socialismo llegó a ser un movimiento de masas, en la revolución de 1848. Teniendo en cuenta la común explicación de la conciencia de clase como producto de una economía industrial incipiente, la precocidad de la conciencia de la clase obrera francesa resulta totalmente desconcertante. Este desconcierto, sin embargo, se basa en una serie de malentendidos, tanto acerca de la naturaleza del capitalismo industrial francés como acerca de la relación entre conciencia de clase y desarrollo de la industria en las fábricas. Aunque Francia no experimentó una "Revolución Industrial" al estilo británico, la sociedad francesa fue transformada por el capitalismo industrial en el siglo xix. Y a pesar de que la industrialización francesa no produjo una gran masa de obreros de las fábricas, sí que produjo gran número de artesanos descontentos que fueron la base del movimiento obrero más temprano, no sólo en Francia sino en todos los países de más precoz desarrollo industrial.

I. LA INDUSTRIALIZACIÓN FRANCESA

Las características fundamentales de la industrialización francesa fueron las siguientes: un comienzo gradual y temprano, un predominio continuado de la producción artesanal, un crecimiento relativamente lento de la industria en las fábricas y unos índices bajos de crecimiento demográfico. Esta peculiar pauta dejó sus huellas en el movimiento obrero francés.

Francia nunca experimentó un "despegue" como el que proponía W. W. Rostow —un súbito impulso de la producción que inicia el crecimiento industrial—. Según J. Marczewski, la producción industrial francesa ya había comenzado su movimiento ascendente en la década de 1750, antes de la "Revolución Industrial" británica, y aumentó gradual pero

Original publicado en Ira Katznelson y Aristide Zolberg, eds, *Working Class Formation: Nineteenth Century Patterns in Western Europe and the United States*. Copyright © 1986 by Princeton University Press, pp. 45-70. Reprinted by permission of Princeton University Press.

constantemente a partir de entonces.¹ Esta expansión tuvo lugar tanto en las industrias rurales, especialmente las textiles de algodón, lino y lana, como en la industria urbana, donde los artículos de lujo eran de gran importancia. La productividad creciente que resultó de la mecanización y el uso de la energía de vapor no fue, por tanto, el origen del crecimiento industrial moderno en Francia, sino que fue añadido a una base en expansión constituida por la producción industrial artesana.

Gran parte del crecimiento industrial del siglo XIX siguió centrándose en la artesanía. Aunque los británicos captaron la mayor parte del mercado mundial del acero y los textiles baratos de algodón y lana, los franceses siguieron dominando el mercado en cuanto a ciertos artículos de lujo se refiere. Las sedas de Lyon, las cintas y adornos de seda de Saint-Étienne, las porcelanas de Limoges, y los innumerables productos de lujo de París se contaban entre las industrias más importantes y florecientes de la Francia del XIX. Lo que decía el Parlamento de París respecto a la artesanía francesa en el siglo XVIII seguía siendo cierto en el XIX: "Nuestras mercancías... se buscan en toda Europa por su buen gusto, su belleza, su finura, su solidez, la corrección de su diseño, la perfección de su ejecución, la calidad de sus materias primas".² En vez de competir directamente con los productos de fábrica británicos, Francia seguía explotando su ventaja comparativa en productos de alta calidad que requerían un trabajo altamente especializado. De hecho, incluso las industrias fabricantes con más éxito en el mercado internacional —el algodón de Mulhouse y la lana de Roubaix— se especializaron en las mejores calidades de tejido.³ Además de las industrias artesanales que producían para el mercado internacional, las industrias artesanales proveedoras de la población nacional siguieron prosperando. Como en todos los demás países durante la primera mitad del siglo XIX, la industria de las fábricas era de alcance bastante limitado y la vivienda, la ropa, los alimentos y la mayoría de los bienes de consumo seguían produciéndose a mano.

Las innovaciones clásicas de la Revolución Industrial británica fueron adoptadas más tarde y a mucho menor escala en Francia que en Gran Bretaña. En el caso de los textiles, la ventaja británica en todos los productos, excepto los de mayor calidad, era tan pronunciada que la mayor parte de los mercados franceses se limitaban a producir principalmente para el mercado interior francés. Gran número de fábricas textiles se construyeron en Rouen, Elbeuf, Lille, Tourcoing, Roubaix, Mulhouse, Reims, Saint-Quentin y otras ciudades, y la fabricación de algodón fue una de las industrias del país de más rápido desarrollo. Pero en comparación con Lancashire, Glasgow o el West Riding de Yorkshire, es obvio que los centros franceses eran de segunda fila. La minería y la metalurgia en Francia quedaban limitadas por unos recursos de carbón relativamente pobres (los ricos depósitos del Pas-de-Calais no se descubrieron hasta el final del siglo XIX) y la distancia entre los depósitos de mineral y los depósitos de carbón. La minería y la metalurgia constituían importantes núcleos de desarrollo industrial para Francia, pero apenas eran comparables a sus equivalentes británicos y (más adelante) alemanas. Fue el crecimiento relativamente lento del sector de las fábricas francesas lo que llevó a J. H. Clapham a preguntarse si Francia

¹ J. MARCZEWSKI, "The Take-Off and French Experience", en *The Economics of Take-Off into Sustained Growth*, ed. W. W. Rostow (London: Macmillan, 1963). La hipótesis de Rostow fue presentada por primera vez en *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto* (Cambridge: Cambridge University Press, 1961) [*Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, FCE, México, 1961].

² Jules FLAMMERMONT, ed., *Remonstrances du Parlement de Paris au XVIII^e siècle*, vol. 3 (Paris, 1898), p. 347.

³ M. LÉVY-LEBOYER, "Le processus d'industrialisation: Le cas de l'Angleterre et de la France", *Revue historique*, 230 (1968): 281-98.

tuvo alguna vez una verdadera "Revolución Industrial".⁴ Esto también hizo que la siguiente generación de historiadores económicos de Francia escribiera interminablemente sobre el "estancamiento" o "retraso" de la economía francesa del siglo XIX.⁵ Pero estudios cuantitativos más recientes han demostrado que esta preocupación por el "retraso" no estaba justificada. La producción francesa per cápita aumentó en lo esencial al mismo ritmo que la producción británica per cápita hasta la Primera Guerra Mundial, e incluso después. La forma del desarrollo económico en Francia fue muy diferente del de Gran Bretaña, ya que la agricultura y la industria artesanal francesas jugaron un papel más importante, pero el rendimiento global de la economía no fue menos impresionante.⁶

Una de las razones por las que la industrialización francesa era diferente en la forma fue el bajo índice de crecimiento demográfico de la población francesa. Los índices de natalidad franceses ya habían empezado a caer a finales del siglo XIX y durante todo el siglo XIX la población francesa aumentó en menos del 50%. La población de Gran Bretaña, en cambio, aumentó en un 350% en el siglo XIX y todavía habría crecido más si no hubiera sido por la emigración masiva. Gracias a este crecimiento demográfico moderado, en Francia era posible mantener índices de crecimiento impresionantes en la renta per cápita sin el extraordinario desarrollo de la industria de las fábricas que ocurrió en Gran Bretaña. El rápido crecimiento demográfico británico contribuyó a la urbanización masiva (la mano de obra sobrante no podía emplearse en la agricultura) y de este modo creó un mercado más uniforme y móvil, tanto para el trabajo como para el tipo de artículos que producen las fábricas. En Francia una proporción mucho mayor de la población se componía de campesinos que sólo participaban parcialmente en los intercambios monetarios y el territorio nacional quedaba dividido en varios mercados regionales parcialmente integrados, tanto para los artículos como para el trabajo. Estas circunstancias limitaron las posibilidades de la producción de las fábricas en Francia e hicieron que fuera racional desde el punto de vista económico la inversión de gran parte del capital nacional en agricultura e industria artesanal. Para una generación de historiadores económicos anterior, esta pauta francesa de crecimiento demográfico lento y el predominio constante de la agricultura y la artesanía parecían signos del estancamiento. Actualmente es obvio que era simplemente una forma de industrialización alternativa, forma que llevó a unas rentas per cápita crecientes y

⁴ J. H. CLAPHAM, *The Economic Development of France and Germany, 1815-1914*, 4.^a ed. (Cambridge: University Press, 1936), p. 53.

⁵ Véase, por ejemplo, S. B. CLOUGH, "Retardative Factors in French Economic Development in the Nineteenth and Twentieth Centuries", *Journal of Economic History*, 6 (1946), suppl.: 91-210; Clough, "Retardative Factors in French Economic Growth at the End of the Ancien Régime and during the French Revolutionary and Napoleonic Periods", en *Studies in Economics and Economic History: Essays in Honor of Harold F. Williamson*, ed. M. Kooy (Durham: Duke University Press, 1972); David S. LANDES, "French Entrepreneurship and Industrial Growth in the Nineteenth Century", *Journal of Economic History*, 9 (1949): 45-61; LANDES, "French Business and the Businessman: A Social and Cultural Analysis", en *Modern France: Problems of the Third and Fourth Republics*, ed. Edward Mead Earle (Princeton, University Press, 1951); LANDES, "New Model Entrepreneurship in France and Problems of Historical Explanation", *Explorations in Entrepreneurial History*, 1 (1963): 56-57; R. E. CAMERON, "Profit, croissance et stagnation en France au XIX^e siècle", *Économie appliquée*, 10 (1957): 409-444; CAMERON, "Economic Growth and Stagnation in Modern France, 1815-1914", *Journal of Modern History*, 20 (1958): 1-13; Tom KEMP, "Structural Factors in the Retardation of French Economic Growth", *Kyklos*, 15 (1962): 325-50; y C. P. KINDLEBERGER, *The Economic Growth of France and Britain, 1851-1950* (Cambridge: Harvard University Press, 1964).

⁶ Los mejores fundamentos de esta tesis son los de LÉVY-LEBOYER, "Le processus d'industrialisation"; Richard ROEHL, "French Industrialization: A Reconsideration", *Explorations in Economic History*, 13 (1976): 233-81; Patrick O'BRIEN y Caglar KEYDER, *Economic Growth in Britain and France 1780-1914: Two Paths to the Twentieth Century* (London: George Allen and Unwin, 1978).

finalmente al "consumo masivo" tan inevitablemente como una Revolución Industrial al estilo británico.

Este modelo francés de industrialización tuvo dos importantes consecuencias para la formación de la clase obrera francesa. La primera fue una continuidad relativa en la experiencia urbana de los obreros. Debido a los bajos índices globales del aumento de la población, las ciudades francesas crecieron mucho menos rápidamente durante las primeras etapas de la industrialización que las ciudades británicas, alemanas o americanas. Entre 1800 y 1850 sólo una de las diez ciudades más grandes de Francia (el puerto mediterráneo de Toulon) había doblado su población; en Gran Bretaña la población de las diez ciudades más grandes había aumentado dos o más veces su población durante los mismos años. Leeds y Birmingham, de hecho, habían aumentado en más del triple, Manchester, Liverpool y Glasgow habían aumentado más de cuatro veces y en Bradford la población se había multiplicado por ocho. Las ciudades británicas también eran notablemente diferentes de las ciudades francesas en cuanto a su modo de vida.⁷ En 1851, sólo cuatro de las veinticinco ciudades más grandes en Francia (Rouen, Lille, Saint-Étienne y Reims) eran centros significativos en cuanto a industria en fábricas. Y sólo Saint-Étienne, que pasó de ser un pueblo en el siglo XVIII a ser una ciudad de 56.000 habitantes en 1851, no había sido un importante centro comercial, administrativo y artesanal mucho antes de la Revolución Industrial. En Gran Bretaña, seis de las diez mayores ciudades en 1851 eran centros de industria en fábricas: Glasgow, Manchester, Birmingham, Leeds, Sheffield y Bradford. Tres de éstas, Manchester, Birmingham y Bradford, habían sido meros pueblos al principio del siglo XVIII. La mayoría de las grandes ciudades del siglo XIX británico eran esencialmente productos de la Revolución Industrial y la industria en fábricas y sus características urbanísticas y culturales reflejaban este hecho. En Francia casi todas las ciudades importantes tenían una larga y orgullosa tradición urbana y la mayoría crecían gradualmente, de tal modo que retuvieron gran parte de su forma tradicional espacial y cultural a lo largo del siglo XIX. Excepto en algunos casos importantes, la segregación de clases y la separación radical entre hogar y trabajo producidas en las nuevas ciudades industriales de Gran Bretaña eran mucho menos pronunciadas en las ciudades francesas. Sin duda, ciudades textiles como Roubaix, Tourcoing y Mulhouse se parecían mucho a las ciudades textiles británicas, excepto en que eran mucho más pequeñas. Y en Lyon, el movimiento obrero precoz de los trabajadores de la seda en la década de 1830 se basó, en gran parte, en el desarrollo del suburbio industrial de Croix Rousse, altamente segregado. Sin embargo, lejos de significar una separación entre el hogar y el trabajo, los suburbios industriales de Lyon estaban poblados casi exclusivamente por tejedores domésticos que trabajaban con sus familias y jornaleros ocasionales a las órdenes de ricos comerciantes *putting-out* de la seda.⁸ Pero a pesar de las excepciones, es cierto que la mayoría de los trabajadores franceses seguían viviendo en centros administrativos, comerciales e industriales mixtos. Por este motivo, la problemática del espacio urbano es mucho menos importante para la historia de la formación de las clases en Francia que en Gran Bretaña.

La segunda consecuencia importante del modelo francés de industrialización en la formación de las clases en Francia fue que los artesanos, y no los trabajadores de las fábricas,

⁷ Para las ciudades francesas, véase Charles POTHAS, *La population française pendant la première moitié du XIX^e siècle* (Paris: Presses Universitaires de France, 1956), p. 98. Las cifras británicas son de B. R. MITCHELL y Phyllis DEANE, *Abstract of British Historical Statistics* (Cambridge: Cambridge University Press, 1962), pp. 24-27.

⁸ Véase Robert BEZUCHA, *The Lyon Uprising of 1834: Social and Political Conflict in a Nineteenth-Century City* (Cambridge: Harvard University Press, 1974).

cas, siguieron siendo durante mucho tiempo la gran mayoría de los trabajadores industriales franceses. Incluso en 1876, la población industrial empleada en la industria a pequeña escala era el doble que la empleada en la industria a gran escala.⁹ Incluso en Gran Bretaña los artesanos eran más numerosos que los trabajadores de las fábricas hasta después de la mitad del siglo y además estaban representados en la actividad política obrera de forma desproporcionada. Pero en Francia el desequilibrio era mucho más pronunciado. Hasta la Comuna de 1871, la historia de la protesta obrera en Francia fue esencialmente la historia de la protesta artesana. La asunción convencional de que el movimiento obrero con conciencia de clase fue un producto de la fábrica es todavía menos sostenible en Francia que en otros países de industrialización temprana. Un estudio histórico de la formación de la clase obrera francesa, por lo tanto, debe prestar especial atención a las experiencias específicas de los artesanos.

II. LOS ARTESANOS, LOS OBREROS DE LA INDUSTRIA TEXTIL Y LA DINÁMICA DEL CAPITALISMO INDUSTRIAL

El hecho de que la industria artesanal sobreviviera en Francia bien entrado el siglo xx, no implica en absoluto que no se viera afectada por el desarrollo del capitalismo industrial. De hecho, el capitalismo empezó a transformar la artesanía mucho antes de la introducción de las innovaciones tecnológicas inglesas a finales del siglo xviii y principios del xix. Las primeras artesanías que sintieron sus efectos fueron las textiles de la lana y el lino. En un principio éstas eran industrias urbanas y como tales estaban regidas por el mismo tipo de gremios que regulaban a todos los otros oficios urbanos. Como elemento esencial del comercio regional e interregional, las industrias textiles quedaron sujetas a la dinámica del desarrollo capitalista muy pronto. En los siglos xvi y xvii los comerciantes capitalistas que dominaban la industria textil empezaron a instalar máquinas de hilar y tejer en las familias rurales que trabajaban en sus propias casas y que normalmente combinaban estas actividades industriales con el cultivo de una minúscula parcela. La industria textil de *putting-out* fue introducida como un medio de evitar las exigencias de los gremios urbanos: alto coste de la mano de obra, prácticas restrictivas e insistencia en un nivel de calidad alto. Los tejedores rurales, no sólo aceptaban salarios más bajos que los tejedores de los gremios urbanos (al ser agricultores a media jornada podían permitirse trabajar por menos dinero), sino que además estaban dispuestos a fabricar los tejidos más ligeros, de calidad más baja y más baratos, los cuales constituían el principal sector de crecimiento de la industria textil.¹⁰

La industria textil *putting-out* —en la cual la fabricación era rural y doméstica, pero la coordinación y control estaban en manos de capitalistas urbanos que operaban en un mercado interregional o internacional— era el sector más avanzado de la economía capitalista en los siglos xvii y xviii. Cuando la fabricación del algodón fue introducida en el siglo xviii siguió el mismo modelo de *putting-out* que el que se había establecido ya para la lana y el lino. La introducción de las fábricas de hilar y tejer en la primera mitad del siglo xix

⁹ Thimor J. MARKOVITCH, "Le revenu industriel et artisanal sous la Monarchie de Juillet et le Second Empire", *Cahiers de l'Institut de Science Économique Appliquée*, series AF, 4 (1967): 87.

¹⁰ El estudio clásico de los trabajadores textiles es el de Pierre GOUBERT, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730, contribution à l'histoire sociale de la France au xviii siècle* (Paris: SEVPEN, 1960). Véase también Franklin F. MENDELS, "Proto-industrialization: The First Phase of the Process of Industrialization", *Journal of Economic History*, 32 (1972): 241-61, y un número especial de *Revue du Nord*, 61 (enero-marzo, 1979), titulado, *Aux origines de la révolution industrielle: Industrie rurale et fabriques*.

no supuso el comienzo del capitalismo industrial en Francia, sino más bien la llegada de una nueva etapa en la explotación de una industria que ya había sido capitalista durante al menos dos siglos.

La historia de la industria textil de los siglos xvii y xviii fue única en su género. En casi todas las demás industrias artesanas, la fabricación siguió llevándose a cabo en ciudades bajo la supervisión —más o menos minuciosa— de los gremios. Fue a partir de la supresión de los gremios en la Revolución Francesa y la acelerada expansión de los mercados nacional y mundial en la primera mitad del siglo xix cuando el capitalismo industrial empezó a tener efectos profundos sobre un amplio espectro de industrias artesanales. Desde un punto de vista abstracto, el capitalismo tenía una dinámica uniforme, la misma en las industrias artesanales urbanas del xix que en la industria textil rural de los siglos xvii y xviii o en las nuevas fábricas textiles del xix. Los sistemas de producción fueron reorganizados para poder producir una mayor cantidad de productos estándar, normalmente a más bajo coste por una mano de obra menos cualificada, y de ese modo aprovechar las oportunidades de un mercado en expansión. Pero en cuanto a experiencias concretas, lo que les ocurrió a los artesanos urbanos del siglo xix fue bastante distinto de lo que les ocurrió a los obreros de la industria textil, ya fuera en los siglos xvii y xviii o en el xix.

Generalmente, los eruditos han considerado que la artesanía urbana del siglo xix era “tradicional”, sobre todo porque pocas ramas de esta artesanía fueron afectadas por cambios tecnológicos importantes hasta casi el final del siglo. Investigaciones más recientes, sin embargo, han revelado la existencia de gran número de nuevas prácticas de explotación que transformaron muchas industrias artesanales sin la introducción de maquinaria nueva. Propietarios de industrias tan diversas como la fabricación de ropa, la joyería, los muebles, la construcción y el calzado respondieron a la creciente demanda de sus productos mediante el abandono de la antigua práctica de fabricar artículos encargados por sus clientes y, en su lugar, el empleo de la especialización en artículos estándar confeccionados que podían producirse en masa y venderse a un precio más bajo. Dichos propietarios reorganizaron totalmente los modelos de producción existentes, aumentando la división del trabajo, introduciendo varios esquemas de subcontratación, diluyendo las especialidades de los obreros o confiando alguna fase de la fabricación a mujeres o niños que trabajaban en sus propias habitaciones o desvanes. Estas prácticas no sólo bajaron las ganancias y redujeron la autonomía de los trabajadores en la rama reorganizada de la industria, sino que también redujeron los salarios de los trabajadores que permanecieron en la rama tradicional. La explotación, tal como lo prueban estudios recientes, pudo ser tan intensa en las industrias artesanales como en las fábricas en la primera mitad del siglo xix.¹¹

¹¹ Véase Christopher H. JOHNSON, “Economic Change and Artisan Discontent: The Tailors’ History, 1800-1848”, en *Revolution and Reaction: 1848 and the Second French Republic*, ed. Roger Price (London: Croom Helm, 1975), pp. 87-114; JOHNSON, *Utopian Communism in France: Cabet and the Icarians, 1839-1851* (Ithaca: Cornell University Press, 1974), esp. pp. 177-82; JOHNSON, “Communism and the Working Class before Marx: The Icarian Experience”, *American Historical Review*, 76 (junio 1971): 657-67; Bernard H. MOSS, *The Origins of the French Labor Movement: The Socialism of Skilled Workers, 1830-1914* (Berkeley: University of California Press, 1976), esp. ch. 1; Ronald AMINZADE, “The Transformation of Social Solidarities in Nineteenth-Century Toulouse”, in *Consciousness and Class Experience in Nineteenth-Century Europe*, ed. John M. Merriman (New York: Holmes and Meier, 1979), pp. 85-105; AMINZADE, *Class, Politics, and Early Industrial Capitalism: A Study of Mid-Nineteenth-Century Toulouse, France* (Albany: State University of New York Press, 1981), ch. 2; la introducción de Alain COTTEREAU a la reedición de Denis POULOT, *Question sociale: Le sublime, ou le travailleur comme il est en 1870, et ce qu’il peut être* (1870; repr. Paris: François Maspéro, 1980), esp. pp. 63-81; y la introducción de Alain FAURE a Agricol PERDIGUIER, *Mémoires d’un compagnon* (Paris: François Maspéro, 1980), pp. 21-22. El desarrollo clásico de este problema es el análisis de los artesanos de Londres, realizado por E. P. THOMPSON, en *The Making of the English Working Class* (London: Victor Gollancz, 1963), cap. 8 [*La formación histórica de la clase obrera*, Laia, Barcelona, 1977].

Este hallazgo es muy significativo para cualquiera que intente comprender el predominio de los artesanos en los comienzos del movimiento obrero, ya que implica que los artesanos tenían tantas razones para protestar como los obreros de las fábricas. Pero se queda a mitad camino. Ayuda a explicar por qué los índices de participación de los artesanos en los movimientos de protesta eran tan altos como los de los trabajadores de las fábricas, pero no explica por qué estos índices eran mucho más altos. Para poder explicar esta disparidad, debemos ampliar nuestra investigación más allá de la cuestión de la explotación para explorar los modos en que diferentes tipos de obreros comprendían y actuaban en las experiencias propias de sus lugares de trabajo.

Un punto de partida útil es la interpretación marxista clásica del desarrollo de la conciencia de clase entre los obreros de las fábricas. Marx señaló no sólo la intensidad de la explotación en la fábrica, sino también el carácter crecientemente socializado del proceso de producción. Reunidos bajo el mismo techo y obligados a cooperar con otros trabajadores en un complejo proceso de producción, los obreros de las fábricas se darían cuenta de que sus intereses como trabajadores asalariados eran comunes y así se decidirían a actuar juntos en defensa de esos intereses. El problema de esta explicación es su excesivo materialismo literal. Marx asumió que una conciencia de sus intereses comunes dependía de la mera proximidad física de los obreros, de sus interconexiones visibles y palpables entre las cuatro paredes de la fábrica. En realidad, el desarrollo de la conciencia colectiva es menos una cuestión de reconocer hechos palpables que de construir redes interpretativas que dan a ciertos actos una relevancia especial. El que los obreros se apiñaran en las fábricas no conlleva automáticamente el reconocimiento de unos intereses comunes y el sentimiento de solidaridad, ni tampoco el hecho de que los obreros trabajen en talleres diseminados inhibe necesariamente dicho reconocimiento; todo depende de cómo comprendan su trabajo y de sus relaciones entre sí. Pero si Marx se equivocaba al pensar que la disposición física del trabajo sería el factor crucial que llevaría a los obreros a comprender que su labor era social, sin duda tenía razón al señalar que cierta comprensión de este hecho era una condición necesaria para la acción y la conciencia colectivas.

La diferencia crucial entre los trabajadores artesanos y los trabajadores de las fábricas residía en el modo en que comprendían su trabajo; la tendencia de los artesanos a la acción por la conciencia de clase era en gran medida la consecuencia de una comprensión social de su trabajo que derivaba del sistema corporativo o gremial de las ciudades medievales y del principio de la Edad Moderna. En cambio la relativa inactividad de los obreros de las fábricas —por lo menos los obreros en las fábricas textiles— surgió de un concepto menos social, más individualizado de las relaciones de producción. Estos diferentes conceptos del trabajo nacieron de las historias distintas del capitalismo en la industria textil y en la artesanía urbana.

La extensión de una organización rural, doméstica y *putting-out* de la industria textil creó una nueva fuerza laboral cuyo funcionamiento no estaba significativamente influido por las instituciones corporativas urbanas. En la artesanía urbana, las instituciones corporativas y las tradiciones constituyeron el marco principal de las relaciones productivas hasta —y en algunos aspectos más allá de— la Revolución Francesa. La conciencia de clase surgió en Francia como una transformación del concepto corporativo del trabajo de los artesanos bajo el impacto doble del desarrollo capitalista y la política revolucionaria. El impacto del capitalismo industrial sobre los oficios artesanales ya ha sido tratado. Para descubrir cómo los artesanos tomaron conciencia de su pertenencia a la clase obrera, debemos examinar su herencia cultural e institucional corporativa y después determinar cómo esta herencia se transformó en un movimiento obrero de conciencia de clase durante las transformaciones políticas del siglo XIX.

Prácticamente todos los oficios urbanos especializados de la Francia del Antiguo Régimen estaban organizados en algún tipo de corporación. Estas corporaciones eran establecidas por la autoridad real o municipal y tenían facultades para regular la práctica comercial en una ciudad. Sus facultades incluían: el monopolio local (sólo los miembros de la corporación podían realizar actividades comerciales en su jurisdicción); el control de calidad (los estatutos de la corporación especificaban los tipos y la calidad de los bienes que podían fabricarse y venderse); el control sobre el aprendizaje (nadie podía trabajar como obrero cualificado o ser promovido al puesto de maestro a menos que hubiera seguido un verdadero aprendizaje); limitación sobre la entrada (los estatutos limitaban el número de aprendices —normalmente uno por maestro— y otorgaban al cuerpo de maestros la facultad de decidir quiénes serían aceptados como nuevos maestros); y autoridad disciplinaria (los representantes de las corporaciones tenían autoridad para inspeccionar tiendas, controlar la aplicación del reglamento e imponer sanciones a los que cometieran infracciones). En las corporaciones prerrevolucionarias, el trabajo era indudablemente social. La industria no se componía de maestros individuales que, como propietarios privados absolutos de su capital, organizaban la producción como les parecía adecuado. En otras palabras, no eran “pequeño burgueses” del siglo XIX. Tampoco los obreros eran libres de trabajar para quien les ofrecía las condiciones más favorables. Más bien, tanto los maestros como los obreros estaban sujetos a la disciplina colectiva de la corporación, la cual regulaba todos los asuntos y a todos los participantes, aparentemente por el bien de la actividad industrial en su conjunto y por el bien de la sociedad en general. La producción y venta de mercancías en la industria especializada urbana de la Francia del Antiguo Régimen estaba organizada por la corporación —un órgano colectivo— y no por individuos relacionados sólo por motivos mercantiles.¹²

Las relaciones de producción en los oficios artesanales eran sociales, no sólo en lo institucional sino también en lo moral. Las corporaciones, además de ser unidades de regulación y disciplina, también eran unidades de profunda solidaridad. Este elemento de solidaridad moral se reflejaba, por ejemplo, en el hecho de que los maestros prestaban un juramento de lealtad a la corporación durante su nombramiento como tales. Pero la comunidad moral del oficio se manifestaba sobre todo en la vida religiosa de la corporación. La corporación suponía también una confraternidad establecida bajo la protección del santo patrón tradicional del oficio. Se esperaba que todos los miembros del oficio veneraran al mismo santo y celebraran su festividad en común, con una misa, una procesión y un banquete. La confraternidad también organizaba la distribución de la ayuda mutua. Cada miembro pagaba una cuota mensual a un fondo común —al cual se añadían las multas establecidas por los representantes de la corporación— y los beneficios se pagaban a los miembros que estaban enfermos o pasaban dificultades económicas, o a sus viudas y huérfanos.

¹² Los trabajos más representativos son los de Émile COORNAERT, *Les corporations en France avant 1789* (Paris: Gallimard, 1941); Étienne MARTIN SAINT-LÉON, *Histoire des corporations de métiers, depuis leurs origines jusqu'à leur suppression en 1791*, 2.^a ed. (Paris: F. Alcan, 1909); Henri HAUSER, *Ouvriers du temps passé (XV-XVI siècles)* (Paris: F. Alcan, 1899); François OLIVIER-MARTIN, *L'organisation corporative de la France d'ancien régime* (Paris: Recueil Sirey, 1938); y E. LEVASSEUR, *Histoire des classes ouvrières en France depuis la conquête de Jules César jusqu'à la Révolution*, 2 vols. (Paris: Guillaumin, 1859), reeditado como *Histoire des classes ouvrières et de l'industrie en France avant 1789*, 2 vols. (Paris: A. Rousseau, 1900). Véase también H. SEWELL, Jr., *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848* (New York: Cambridge University Press, 1980), pp. 25-32 [*Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*, Taurus, Madrid, 1992].

Además, la confraternidad proporcionaba un funeral para los fallecidos. La corporación era, pues, una comunidad moral cuyos miembros estaban ligados entre sí "en la enfermedad y en la salud, hasta que la muerte nos separe".¹³

Esto no significa que la vida en los oficios urbanos se caracterizara por el amor fraterno y la armonía perfecta. Como cualquier comunidad humana, los oficios estaban plagados de innumerables envidias, peleas, intrigas y enemistades. Sobre todo, estaban divididas por las luchas entre maestros y obreros cualificados. Los obreros cualificados generalmente estaban excluidos de la asamblea anual, en la cual los maestros hablaban de los problemas del oficio y elegían representantes y normalmente también estaban excluidos de los beneficios de la confraternidad. Legalmente, se consideraba a los obreros cualificados por debajo de la autoridad paternal de los maestros, como los niños, sirvientes y esposas. Pero estos obreros con frecuencia organizaban fraternidades corporativas ilegales propias, desafiando la autoridad de los maestros, estableciendo sus propios sistemas paralelos de ayuda mutua, reclamando el derecho —como la corporación de los maestros— a regular el oficio por el bien común e intentando mantener buenos salarios y condiciones de trabajo por medio de huelgas o ganando el control del lugar de trabajo. Las más poderosas de estas hermandades de obreros cualificados fueron organizadas en federaciones nacionales llamadas "compagnonage" (de *compagnon*, que en francés significa tanto "oficial" como "compañero"). Estas hermandades mantenían casas de alojamiento para oficiales itinerantes que hicieran su "tour de Francia" y tenían una vida sorprendentemente ritual y elaborada. Las "comunidades" artesanales a veces parecían campos de batalla entre las organizaciones rivales de maestros y obreros. Sin embargo la noción de que el oficio era una comunidad se honraba incluso en estas luchas. Tanto los maestros como los trabajadores declaraban estar actuando en nombre del oficio en su conjunto, no por los intereses de obreros o de maestros. Es significativo que las fraternidades de obreros especializados invariablemente elegían el mismo santo patrón que los maestros.¹⁴

Las relaciones entre los maestros y los obreros de un oficio dado eran a menudo tensas o desagradables, pero la tensión se fundaba en un sentido de pertenencia permanente a una comunidad común. Podríamos establecer una analogía con las disputas familiares que enfrentan a hermanos entre sí o a un hijo contra su padre. Dicha analogía tiene mucho que ver, ya que las metáforas familiares (autoridad paterna, fraternidad, etc.) jugaban un papel importante en el lenguaje corporativo. Los obreros especializados impresores del siglo XVI estudiados por Natalie Zemon Davies expresaban su ideal en un momento de las luchas con los maestros: "Los maestros y los obreros son o deberían ser un único órgano, como una familia y una fraternidad".¹⁵ La analogía con las disputas familiares también es apropiada en otro sentido, ya que así como los hijos esperaban suceder a sus padres al llegar a la edad adulta, así los obreros esperaban suceder en su momento a los maestros. En algunos oficios una escala creciente de operaciones podía volver ilusoria esta expectativa y muchos oficiales, de hecho, estaban condenados a seguir siendo oficiales de por vida. Pero

¹³ SEWELL, *Work and Revolution*, pp. 32-37.

¹⁴ Acerca de las hermandades de obreros cualificados, véase Germain MARTIN, *Les associations ouvrières au XVIII^e siècle (1700-1792)* (Paris: A. Rousseau, 1900); HAUSER, *Ouvriers du temps passé*; Steven KAPLAN, "Réflexions sur la police du monde du travail, 1700-1815", *Revue historique*, 261 (enero-marzo 1979). Los trabajos más representativos sobre los gremios de obreros son Émile COORNAERT, *Les compagnonnages en France du Moyen âge à nos jours* (Paris: Éditions ouvrières, 1966); Étienne MARTIN SAINT-LÉON, *Le compagnonnage* (Paris: Armand Colin, 1901). Para una relación de los símbolos y ritos de los gremios, véase Cynthia TRUANT, "Compagnonnage: Symbolic Action and the Defense of Workers' Rights in France, 1700-1848" (Ph. D. diss., University of Chicago, 1978). Véase también SEWELL, *Work and Revolution*, cap. 3.

¹⁵ Natalie ZEMON DAVIS, "A Trade Union in Sixteenth-Century France", *Economic History Review*, 2.^a ser., 19 (abril 1966): 53.

las disputas entre maestros y oficiales eran frecuentemente disputas generacionales tanto como disputas entre clases de por vida.

Resumiendo, los artesanos urbanos del Antiguo Régimen consideraban que su labor era social, tanto en el sentido de que era y debía ser formada por los reglamentos colectivos como en el sentido de que los hombres que trabajaban en el mismo oficio formaban una comunidad moral solidaria. Este concepto del trabajo como algo social no estaba, sin embargo, dotado de una conciencia de clase. En primer lugar, incluía tanto a los trabajadores asalariados como a los maestros en una única —aunque a menudo cuestionada— comunidad industrial. En segundo lugar, no extendía los reglamentos o sentimientos comunitarios más allá de los límites del oficio. Los que trabajaban en oficios diferentes eran considerados con indiferencia en los mejores casos, cuando no con hostilidad. Las corporaciones de maestros estaban implicadas en continuas batallas legales con las corporaciones de oficios rivales y los obreros especializados de diferentes industrias a menudo se enfrentaban violentamente entre sí. El sentido de que todos los trabajadores asalariados eran hermanos, miembros de una sola clase solidaria, estaba totalmente ausente de los oficios artesanales del Antiguo Régimen. Tuvo que llegar la nueva sociedad creada por la Revolución Francesa para que surgiera la conciencia de clase.

La Revolución Francesa causó una transformación de gran alcance en el orden social. En términos de teoría política, por lo menos, Francia fue transformada: de ser una sociedad compuesta por órganos corporativos privilegiados unidos por su subordinación común a la corona, a ser una colección de ciudadanos individuales, unidos por un contrato social basado en sus derechos naturales y que garantizaba su igualdad ante la ley. Al llevar a cabo esta transformación, los revolucionarios suprimieron las corporaciones privilegiadas de los artesanos, liberando legalmente a cada artesano para que llevara a cabo su oficio según sus propias inclinaciones, capacidades e intereses. El régimen de reglamentación corporativa fue sustituido por un régimen de "libertad industrial". Al mismo tiempo, la propiedad privada fue elevada a la categoría de "derecho natural, inalienable y derecho sagrado" por la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. En la práctica, las reformas legales revolucionarias y napoleónicas liberaron a las propiedades de los maestros artesanos, así como de todos los demás propietarios, de cualquier restricción impuesta colectivamente.

Estos cambios no transformaron inmediatamente a los maestros artesanos, con mentalidad corporativa del Antiguo Régimen, en pequeños capitalistas individualistas que a partir de entonces se lanzaron a la consecución despiadada y obsesiva de sus propios intereses. Más probable resulta que continuaran actuando como antes de la Revolución, siguiendo las prácticas habituales del oficio y basando sus decisiones en lo que consideraban bueno para el oficio y para su interés propio. Pero el marco legal en el que operaban era ahora drásticamente diferente. Incluso antes de la Revolución, muchos maestros se vieron tentados por el crecimiento estable de la economía de finales del siglo XVIII y experimentaron con algunos de los nuevos modos de organizar la producción anteriormente tratados: aprovechando las economías de escala y recortando los costes laborales para producir una mayor cantidad de productos estandarizados que podrían venderse por debajo del precio normal. Aunque dichas prácticas habían sido introducidas en algunos oficios, continuamente incumplían la reglamentación corporativa. Pero después de la Revolución, estos "abusos" se convirtieron en el ejercicio perfectamente legal de la "libertad industrial" del empresario, su derecho a disponer de su propiedad como le pareciera. En consecuencia, incluso aunque la mayoría de los maestros en el sector artesanal siguieron actuando de manera tradicional, fue imposible evitar que una minoría más agresiva introdujera innovaciones que recortaban los costes e intensificaban la explotación del trabajador. Esto tuvo dos consecuencias importantes. Primero, tendió a reducir salarios y a causar condi-

ciones de trabajo deterioradas, incluso entre los empleados de maestros que no habían innovado nada. En segundo lugar, dentro del oficio, causó una heterogeneidad creciente de las condiciones de trabajo, de los salarios, de la calidad y precio del producto y de las relaciones patrón-empleado. La comunidad artesanal socialmente controlada de las corporaciones del Antiguo Régimen estaba siendo gradualmente transformada, por medio de la acción combinada de un nuevo sistema legal y una economía de mercado en expansión, en una colección anárquica de empresarios y trabajadores individualizados.

No es sorprendente, pues, que estos cambios en los oficios artesanales dieran lugar rápidamente a intentos de volver a unir a la comunidad artesanal y restaurar alguna medida de control corporativa sobre el proceso productivo. Pero estos intentos fueron impulsados sobre todo por trabajadores, no por maestros. El poder de las corporaciones de maestros se había basado en sus privilegios legales, y cuando éstos fueron suprimidos por la Revolución Francesa, las corporaciones de maestros fueron destruidas de modo efectivo. Pero las prohibiciones legales tuvieron pocos efectos sobre las corporaciones alternativas de los obreros cualificados, pues éstas siempre habían sido ilegales y ya estaban acostumbradas a la clandestinidad. Además, aunque los maestros se estaban desuniendo cada vez más a causa de los cambios que sufrían sus industrias, los trabajadores estaban unidos generalmente en su oposición a la nueva explotación. El resultado, especialmente después de 1815, cuando la Restauración de los Borbones suavizó la severidad del aparato policial napoleónico, fue el surgimiento de unas corporaciones de trabajadores que intentaron imponer un control efectivo sobre las condiciones de trabajo en sus oficios. A finales de la década de 1820, prácticamente todos los oficios cualificados de las mayores ciudades francesas tenían algún tipo de organización corporativa de trabajadores que resistía activamente frente a la explotación.¹⁶

Sin embargo, por muy extendido que estuviera el movimiento corporativo de los trabajadores en la década de 1820, no significó la formación de una clase trabajadora consciente. Los trabajadores de los diferentes oficios mantenían las actitudes tradicionales de indiferencia u hostilidad hacia los trabajadores de otros oficios. Y aunque las corporaciones de trabajadores fueran muy militantes en su actitud frente a los maestros en los conflictos laborales, no proponían una alternativa coherente al sistema de propiedad vigente que aseguraba el poder continuado de los maestros. El movimiento corporativo de los trabajadores de la Restauración difería en importantes aspectos del sistema corporativo del Antiguo Régimen. Estaba dominado por los trabajadores en vez de los obreros y estaba en oposición más que en armonía con la ley y los principios aplicados por la autoridad pública. Pero conservaba la visión esencial del Antiguo Régimen: el oficio como comunidad solidaria exclusiva, asumiendo que los maestros continuarían recibiendo sus beneficios y ejerciendo su autoridad día a día en los talleres. El movimiento de los trabajadores de la Restauración conservó las formas, el lenguaje y la visión de las corporaciones de obreros especializados con tan sólo unos cambios menores. Este estilo dotaba a los trabajadores de una base organizativa sólida desde la cual expresar sus protestas, pero también limitaba el tipo de protesta que los trabajadores pudieran hacer. Solamente cuando el estilo de los movimientos de los trabajadores se extendió y adoptó las formas, el lenguaje y la visión de la Revolución Francesa, empezó el movimiento corporativo de los trabajadores a tener conciencia de clase.

¹⁶ SEWELL, *Work and Revolution*, ch. 8. Para una excelente colección de documentos contemporáneos, véase Georges BOURGIN y Hubert BOURGIN, eds., *Les patrons, les ouvriers, et l'état: Le régime de l'industrie en France de 1814 à 1830*, 3 vols. (Paris: A. Picard, 1912-41).

La transformación de la estructura institucional de la sociedad provocada por la Revolución Francesa fue acompañada por el desarrollo de un nuevo lenguaje o discurso político que estableció los términos en que todo tipo de protestas públicas podrían expresarse: un lenguaje de ciudadanos individuales, derechos naturales, soberanía popular y contrato social. Durante el curso de la era revolucionaria y napoleónica, este discurso desarrolló muchas variaciones. El lenguaje revolucionario pronto pudo ser hablado con un claro acento jacobino, moderado, "sans-culotte", termidoriano o napoleónico y pudo utilizarse para justificar, ya fuera la represión y el mantenimiento del orden, ya fuera la lucha y la insurrección. Llegó a ser, pues, un mundo lingüístico complejo y plenamente articulado, con sus figuras retóricas tipificadas, sus debates y dilemas característicos, sus silencios y sus asunciones incuestionadas.

La Restauración de 1814 cambió radicalmente el discurso político. El respeto a la tradición y a la autoridad, el horror a la revolución y la piedad religiosa llegaron a ser el pan de cada día. Sin embargo, la llegada de la monarquía borbónica no pudo restaurar las condiciones políticas prerrevolucionarias. Luis XVIII se proclamó monarca por derecho divino en vez de por la voluntad de la nación, pero prudentemente decretó una constitución —una "Carta", como él la llamó— que incluía un amplio abanico de garantías "liberales" y establecía una forma representativa de gobierno. Además, el discurso político alternativo de la era revolucionaria florecía en la oposición, tanto en la oposición parlamentaria de los monárquicos constitucionales liberales como en la oposición extraparlamentaria de los periodistas radicales y los conspiradores republicanos. En 1830, cuando el sucesor de Luis XVIII, el inflexible Carlos X, intentó suprimir las libertades garantizadas en la Carta, el resultado fue una insurrección popular, el derrocamiento de los Borbones y el establecimiento de una monarquía orleanista más liberal. El régimen orleanista restauró el lenguaje revolucionario, con un estilo moderado y liberal, y lo volvió a colocar en el centro de la vida política. Fue en las luchas sociales y políticas tras la revolución de julio de 1830 —en una atmósfera política donde se hablaba mucho de libertad— cuando los artesanos de París, Lyon y otras ciudades francesas transformaron su concepto corporativo del trabajo en conciencia de clase.

En los días que siguieron a la revolución de julio, los trabajadores parisinos, que habían sido las tropas de choque de la insurrección, naturalmente esperaban un trato favorable por parte de los representantes del nuevo régimen. Pero estas expectativas iniciales pronto se disolvieron cuando los gobernantes orleanistas calificaron las reivindicaciones de los trabajadores por el control de sus industrias de asaltos a la "libertad de industria". Los trabajadores, sorprendidos y heridos por estos desaires, respondieron desarrollando un nuevo lenguaje político y organizativo que se enfrentaba al régimen en su propio campo: el discurso de la libertad. Así, los trabajadores adoptaron, pero también modificaron y elaboraron, el lenguaje liberal de la Revolución Francesa. La conciencia de clase, en otras palabras, fue una versión transformada del discurso revolucionario liberal. El nuevo lenguaje político de los trabajadores fue desarrollado en muchos niveles simultáneamente: en periódicos y panfletos, en organizaciones políticas de reciente creación, en los estatutos y actos de las corporaciones de trabajadores y en las huelgas y acciones directas contra los maestros o las autoridades políticas. El movimiento obrero que desarrolló el discurso de la conciencia de clase se extendió a lo largo de un período turbulento de unos tres años y medio, desde la revolución de julio de 1830 hasta las insurrecciones frustradas de Lyon y París en abril de 1834. Como este movimiento fue complejo y polifacético, cualquier des-

cripción resumida de su práctica discursiva está condenada a simplificar en exceso y distorsionar; a pesar de esto, pueden identificarse algunas características cruciales.¹⁷

Una minoría culta de trabajadores se apropió rápidamente del lenguaje revolucionario, modificándolo para subrayar el nivel moral y político de los trabajadores. Un ejemplo sería la apropiación de un argumento que había introducido el Abad Sieyès en *¿Qué es el Tercer Estado?* El Tercer Estado, según Sieyès, era toda la nación porque realizaba todo el trabajo útil de la sociedad, mientras que la nobleza “es ajena a la nación por su inactividad”.¹⁸ Sieyès, por supuesto, incluía en su concepto de trabajo útil todas las tareas y ocupaciones realizadas por el Tercer Estado. Los trabajadores, al comienzo de la década de 1830, dieron un paso más y declararon que el trabajo manual por sí mismo mantenía a toda la sociedad. De ahí se deducía que los trabajadores, ya que hacían todo el trabajo útil, eran en realidad el pueblo soberano. La burguesía, que no trabajaba, era en realidad una nueva aristocracia. Los autores de la clase obrera reforzaban esta conclusión cambiando el uso de una serie de importantes palabras revolucionarias: “aristócrata”, “privilegio”, “servidumbre” y “emancipación”, entre otros. Los burgueses eran “nuevos aristócratas” disfrazados que empleaban su “privilegio” de la propiedad para mantener a los trabajadores en “servidumbre” como “siervos” o “esclavos” industriales. Esto transformaba el gobierno constitucional burgués basado en un privilegio de la propiedad en una tiranía “feudal” opresiva y justificaba los esfuerzos de los trabajadores por conquistar su “emancipación”, incluso por medio de la revolución, si era necesario.¹⁹

El gran problema planteado por la adopción del lenguaje revolucionario por parte de los trabajadores fue que en un principio no proporcionaba un modo de justificar sus demandas básicamente corporativas. Según el discurso revolucionario, la sociedad estaba compuesta por ciudadanos individuales libres, no por órganos corporativos suprapersonales, y los intentos de imponer reglamentaciones colectivas a una industria parecía así una violación de la libertad del individuo. Los trabajadores solucionaron este problema durante 1831, 1832 y 1833 elaborando la idea de “asociación”, que llegó a ser el principal eslogan del movimiento obrero de esos años. El derecho de asociación no se había enfatizado mucho durante la Revolución Francesa, ya que eliminar todos los órganos intermediarios entre el individuo y el estado había sido una de las tareas primarias de la Revolución. Sin embargo, el derecho de los ciudadanos a asociarse libremente entre sí fue una parte inseparable de la *liberté* proclamada en 1789 y revivida con vigor en 1830. Si el propio estado se concebía como una sociedad, como una asociación formada por los ciudadanos de la nación, libres e iguales, y unidos por lazos de fraternidad, no es de extrañar que los ciudadanos desearan construir sociedades más limitadas según las mismas pautas. Y fue esto precisamente lo que los trabajadores hicieron al principio de la década de 1830. Rebautizaron sus organizaciones corporativas con nombres como “Sociedad Filántropica”, “Sociedad del Perfecto Acuerdo”, “Sociedad de la Concordia Fraterna” y “Asociación de Hermanos de la Concordia”,²⁰ y las transformaron en asociaciones democráticas volunta-

¹⁷ Véase SEWELL, *Work and Revolution*, ch. 9; Octave FESTY, *Le mouvement ouvrier au début de la monarchie de Juillet (1830-1834)* (Paris: Domat Montchrestien, 1944; nueva ed., Paris: Éditions Anthropos, 1969); BEZUCHA, *The Lyon Uprising of 1834*; Alain FAURE, “Mouvements populaires et mouvement ouvrier à Paris”, *Le mouvement social*, 88 (julio-septiembre 1974): 51-92.

¹⁸ Emmanuel JOSEPH SIEYÈS, *Qu'est-ce que le Tiers État?* introd. y notas de Roberto Zapperi (Geneva: Droz, 1970), p. 125 [*¿Qué es el Tercer Estado*, introd. y notas de M. Lorente y L. Vázquez, Alianza, Madrid, 1989].

¹⁹ Una excelente colección de escritos de este período realizados por obreros es: Alain FAURE y Jacques RANCIÈRE, eds., *La parole ouvrière* (Paris: Union Générale d'Éditions, 1976).

²⁰ FESTY, *Le mouvement ouvrier*, pp. 138, 254-56, 294.

rias basadas en el humanitarismo seglar en vez de las corporaciones exclusivas cuya solidaridad se basaba en el lenguaje religioso del Antiguo Régimen. Cuando las organizaciones de trabajadores llegaron a ser asociaciones, las regulaciones que proponían no suponían un asalto a la libertad de industria, sino una expresión de las libres voluntades de los productores, tanto como las leyes de una nación eran una expresión de la voluntad general. De este modo sus demandas de una regulación colectiva se hacían compatibles con el discurso revolucionario.

La idea de asociación también se desarrolló en otra dirección distinta: fue al principio de la década de 1830 cuando los trabajadores y los socialistas desarrollaron la idea de las asociaciones de productores o las cooperativas de productores. El concepto básico, que fue propuesto ya en octubre de 1830 por el periódico obrero *L'Artisan* y después perfeccionado por el teórico socialista Philippe Buchez, suponía que los trabajadores establecieran talleres "asociativos" en los que serían copropietarios de los medios de producción. Estos talleres tendrían que ser financiados inicialmente por las contribuciones semanales regulares de los socios y más adelante se extenderían hasta incluir a todos los miembros del oficio, absorbiendo por igual a maestros y a trabajadores en una comunidad industrial unificada en la cual sería abolida la propiedad privada.²¹ La noción de asociaciones de productores se basaba en la ambigüedad del discurso liberal. Si los ciudadanos poseían el derecho a asociarse libremente, podrían emplear ese derecho para crear organizaciones voluntarias destinadas a superar el individualismo egoísta y la anarquía del sistema liberal vigente. Por medios puramente pacíficos y legales, los trabajadores podrían aspirar a suplantar la propiedad privada por la propiedad asociativa algún día, transformando así toda la sociedad.

La innovación final de estos años fue la extensión del lenguaje de la asociación para abarcar no sólo a los trabajadores de un oficio dado, sino a trabajadores de todos los oficios. Fue bajo la forma de "asociación de todos los oficios" como apareció por primera vez en Francia una clase obrera solidaria y unida. Este avance tuvo lugar en 1833, cuando la prolongada depresión económica que siguió a la revolución de 1830 dio paso finalmente a una época de prosperidad sostenida. Los trabajadores respondieron a las condiciones económicas favorables con una enorme ola de huelgas que culminó en la crisis de 1833.²² Estas huelgas fueron organizadas y coordinadas por las remodeladas asociaciones corporativas, o "sociedades filantrópicas". Eran un intento de establecer, por medio de la acción directa, la unidad y el control colectivo sobre el oficio implicados por el término "asociación". A lo largo de estas huelgas, los trabajadores también establecían a veces asociaciones en el otro sentido: cooperativas de productores. Aunque la idea de las asociaciones de productores estaba en gran parte tomada del discurso utópico de Buchez y sus seguidores, era aplicada de un modo totalmente práctico. La principal función de las asociaciones de productores establecidas en la crisis de 1833 fue la de reforzar el poder de los trabajadores en las huelgas, proporcionándoles trabajos mientras los talleres de los maestros estaban cerrados, y no fue su función suplantarlo a los maestros definitivamente.²³ En otras palabras, el segundo significado de asociación —cooperativas de trabajadores— fue absorbido y subordinado al primero —asociaciones corporativas establecidas para imponer un control colectivo sobre el oficio.

²¹ *L'Artisan*, 26 de septiembre de 1830; Armand CUVILLIER, *P.-J.-B. Buchez et les origines du socialisme chrétien* (Paris: Presses Universitaires de France, 1948).

²² J. P. AGUET, *Les grèves sous la monarchie de juillet (1830-1847): Contribution à l'étude du mouvement ouvrier français* (Genève: Droz, 1974).

²³ FAURE, "Mouvements populaires et mouvement ouvrier", pp. 88-89.

Uno de los rasgos más notables de las huelgas de 1833 fue una cooperación entre los oficios sin precedentes. Los obreros en huelga de un oficio apelaban a otros oficios y recibían ayuda moral y material, ayuda que sería recíproca. Existía un sentimiento general de que, tal y como lo dijeron los picapedreros de Lyon, "ya no estamos en una época en que nuestras industrias se ataquen entre sí con insultos y violencia; por fin hemos reconocido que nuestros intereses son los mismos y que, lejos de odiarnos unos a otros, debemos amarnos".²⁴

Con el entusiasmo de un movimiento huelguista animado por las asociaciones, súbitamente muchos trabajadores comprendieron que el espíritu de asociación debería abarcar a todos los trabajadores y que esto podría realizarse asociando sus sociedades de un único oficio en una gran "asociación de todos los oficios".²⁵ Los trabajadores de Lyon expresaron la idea básica: "Si todas las fraternidades se unen para apoyarse mutuamente," podrían "conseguir formar los lazos de la confraternidad de los proletarios".²⁶ La creación de un proletariado con conciencia de clase, como implica este lenguaje, era una generalización, la proyección a un nivel más alto, de la lealtad que los trabajadores de un oficio dado ya sentían unos por otros. Pero no fue hasta que las asociaciones de trabajadores fueron vistas como asociaciones libres de ciudadanos trabajadores productivos, más que como corporaciones distintas dedicadas a la perfección de un oficio en particular, cuando la más amplia fraternidad de todos los trabajadores resultó concebible.

Hay que tener en cuenta una última característica del movimiento huelguista de 1833. En París, y en menor medida en algunas de las ciudades de provincias, los huelguistas eran ayudados por la Sociedad de los Derechos del Hombre, sociedad republicana revolucionaria. Inicialmente, una secta republicana burguesa pequeña pero militante, la sociedad empezó a reclutar a miembros de la clase obrera en 1832 y había llegado a contener una mayoría de trabajadores en la crisis de 1833, incluyendo a los líderes de algunas de las "sociedades filantrópicas" más importantes. Al mismo tiempo, la sociedad modificó su republicanismo, que originalmente había sido puramente político, y adoptó diversas propuestas vagamente socialistas para la reforma económica. Este nuevo interés por las cuestiones económicas y sociales adquirió una existencia práctica por medio de la ayuda que la sociedad otorgaba a los trabajadores en sus huelgas. Así, la crisis de 1833 supuso no sólo la creación de un nuevo y poderoso sentido de conciencia de clase entre artesanos que trabajaban en diferentes oficios, sino también los primeros pasos hacia una alianza política entre el republicanismo radical y el socialismo.²⁷

En cuanto a la constitución de instituciones, el movimiento obrero del comienzo de la década de 1830 contó con pocos logros duraderos. Una vez llevadas a cabo todas las huelgas, el gobierno contraatacó con enorme fuerza. En la primavera de 1834, promulgó una nueva ley que restringía gravemente el derecho de asociación, ilegalizando la Sociedad de los Derechos del Hombre y la mayor parte de las organizaciones que los trabajadores habían construido. Los trabajadores de Lyon respondieron con una insurrección masiva que fue seguida de un levantamiento de menor importancia en París.²⁸ Estos levantamientos frustrados frenaron el impulso del movimiento obrero y la represión gubernamental pronto enterró sus restos. Y aún así las transformaciones del comienzo de la década de 1830 crea-

²⁴ Citado en FESTY, *Le mouvement ouvrier*, p. 181.

²⁵ Éste es el título de un panfleto escrito por el zapatero Efrahem en 1833. (*De l'association des ouvriers de tous les corps d'état*). Fue reeditado en FAURE y RANCIÈRE, *La parole ouvrière*, pp. 159-68.

²⁶ Citado en FESTY, *Le mouvement ouvrier*, pp. 181, 294.

²⁷ FAURE, "Mouvements populaires et mouvement ouvrier", pp. 79-92.

²⁸ Acerca de Lyon, véase BEZUCHA, *The Lyon Uprising of 1834*.

ron el espacio intelectual, lingüístico y organizativo sobre el que se construyó el movimiento obrero subsiguiente. Estas transformaciones establecieron por primera vez un discurso de conciencia de clase y una práctica institucional que fue desarrollada por los trabajadores a lo largo de las décadas siguientes.

La represión de 1834 acalló al movimiento obrero durante los cinco años siguientes. Pero en 1839 y 1840, parte de la agitación del principio de esta década volvió. Hubo un intento de insurrección en París en 1839 y una gran ola de huelgas el año siguiente. El *Voyage en Icarie* de Cabet, la *Organisation du travail* de Luis Blanc y el *Qu'est-ce que la propriété?* se publicaron todos en unos pocos meses en 1839 y 1840. La publicación de estos trabajos llevó a una explosión de escritos socialistas. Desde 1840 en adelante, las ideas socialistas llegaron a ser una presencia palpable en el discurso público francés, en la prensa, en la calle, en los talleres y en los bares y cafés de la clase obrera.

Como más adelante demostraría la revolución de febrero de 1848, el socialismo había ganado gran número de seguidores entre la clase obrera a finales de la década de 1840. En parte se trataba de obreros que se convertían en militantes de una u otra de las escuelas socialistas. Sobre todo en París, pero también en algunas de las mayores ciudades provinciales, un número significativo de obreros se hicieron seguidores de los saint-simonianos, los fourieristas, de Buchez o especialmente de Étienne Cabet, el cual era con mucho el proselitista con más éxito entre los obreros.²⁹ Pero por muy importantes que fueran las escuelas socialistas en el desarrollo y difusión de las ideas socialistas, nunca podrían haber hecho del socialismo el movimiento de masas que llegó a ser en 1848. Las escuelas socialistas tenían dos debilidades cruciales. En primer lugar, eran sectarias y dogmáticas, más preocupadas por ser teóricamente correctas que por atraer a una audiencia amplia. En segundo lugar, rechazaban la acción política como medio para construir el socialismo, confiando en su lugar en alguna combinación de persuasión moral y esfuerzo obrero. Esto significaba que nunca podrían acoger al gran número de trabajadores franceses políticamente conscientes que se adherían a la tradición revolucionaria de la acción política popular.

El desarrollo masivo del socialismo en la clase trabajadora ocurrió fuera de las distintas escuelas socialistas y fue la consecuencia de una apropiación, más que de un abandono, de la tradición política revolucionaria. En cierto modo se trataba de una continuación del trabajo iniciado por la Sociedad de los Derechos del Hombre en 1832 y 1833. La creación de un socialismo explícitamente republicano se asocia sobre todo con el nombre de Luis Blanc, también llamado Blanqui por los insurrectos.³⁰ Fue, sin embargo, en gran parte un desarrollo colectivo, una colaboración amplia y libremente articulada entre los republicanos de izquierdas, los trabajadores y los teóricos socialistas. El influyente periódico de Blanc, *La Réforme*, fue el centro de comunicación de este proyecto político e intelectual, pero también fue desarrollado en otros periódicos, libros, sociedades republicanas y cafés y talleres en todo el país. El socialismo republicano se basaba en dos ideas esenciales. Primero, el socialismo era una conclusión necesaria de la Revolución Francesa. Las libertades legales y políticas ganadas en la primera Revolución Francesa debían ser en ese momento completadas por reformas sociales y económicas que liberaran a los trabajadores

²⁹ Acerca de los seguidores de Cabet, véase JHONSON, *Utopian Communism*. Para un análisis fascinante de la vida intelectual de los socialistas obreros de las décadas de 1830 y 1840, véase Jacques RANCIÈRE, *La nuit des prolétaires: Archives du rêve ouvrier* (París: Fayard, 1981).

³⁰ Véase Leo O. LOUBÈRE, *Louis Blanc: His Life and His Contributions to the Rise of French Jacobin Socialism* (Evanston, Ill.: Northwestern University Press, 1961), y Alan B. SPITZER, *The Revolutionary Theories of Louis Auguste Blanqui* (New York: Columbia University Press, 1957).

de la tiranía de la riqueza y del egoísmo y establecieran una libertad y una igualdad que además de formales fueran reales. Y en segundo lugar, esto no podría conseguirse sin una revolución política y el establecimiento de una forma de gobierno democrática y republicana. En los últimos años cuarenta, este socialismo republicano había capturado al ala izquierda del movimiento republicano, y al hacerlo también había llegado a ser el credo de los trabajadores políticamente conscientes que nunca habrían adoptado el socialismo apolítico de las escuelas. De hecho, en 1848 no había una alternativa radical no socialista que quisiera también atraerse la lealtad política de los obreros; cualquier republicano burgués que quisiera conseguir adeptos de la clase obrera no tenía más remedio que adoptar un programa que fuera por lo menos vagamente socialista.³¹

En 1848 quedó claro que las cosas habían cambiado muchísimo desde 1830. Mientras que la revolución de julio de 1830 había cogido a los trabajadores desprevenidos e incapaces de articular un programa independiente hasta que fue demasiado tarde, la revolución de febrero de 1848 provocó inmediatamente un movimiento masivo de trabajadores con conciencia de clase, no sólo en París, sino también en ciudades por toda Francia. Desde el principio, los trabajadores de París empujaron la revolución hacia la izquierda, forzando al gobierno provisional a proclamar una república el 24 de febrero, a proclamar el "derecho al trabajo" y el establecimiento de los Talleres Nacionales el 25 de febrero, y a establecer la famosa Comisión de Luxemburgo el 28 de febrero. La comisión estaba encabezada por Luis Leblanc e incluía a delegados de todos los oficios de París; su labor era la de formular una legislación que llevara a cabo la "organización del trabajo". La comisión era una "asociación de todos los oficios" oficialmente sancionada, y formaba el centro del movimiento revolucionario de los trabajadores de 1848. No sólo dotó a los obreros de un foro público y un lugar reconocido en los asuntos de la república, sino que también les requería que formaran organizaciones unificadas por oficios que podrían elegir e instruir delegados para la comisión. Fue sobre todo en estas asociaciones corporativas revitalizadas donde los trabajadores esbozaron su versión socialista alternativa de la nueva república en la breve primavera revolucionaria de 1848.³²

Las asociaciones corporativas de trabajadores de 1848 eran pequeñas repúblicas, constituidas prácticamente en todas las industrias de la capital, basadas en el sufragio universal del oficio, dirigidas por representantes y delegados elegidos y reguladas por constituciones escritas, que a menudo iban precedidas por unas declaraciones de derechos en miniatura. Sus fines eran al mismo tiempo económicos, sociales y políticos. En lo económico, las asociaciones de trabajadores aseguraban el control de todos los aspectos de la producción y el intercambio. Los trabajadores negociaban convenios con los maestros que fijaban salarios, horarios y condiciones de trabajo uniformes para toda la industria. Estos convenios frecuentemente eran firmados en ceremonias solemnes ante la Comisión de Luxemburgo. Los convenios con los maestros reestablecían una regulación práctica colectiva de los oficios a corto plazo; al mismo tiempo, los trabajadores ponían en marcha esquemas para la producción asociada que estaban destinados a resolver los problemas permanentemente transformando la propiedad privada en propiedad asociada. En el ámbito social, las asociaciones de trabajadores ampliaron las provisiones usuales de ayuda mutua para los enfermos y heridos, para las viudas y huérfanos, para los trabajadores en

³¹ Para un comentario del surgimiento del socialismo republicano en Toulouse, véase AMINZADE, *Class, Politics, and Early Industrial Capitalism*, pp. 126-48.

³² Acerca del movimiento obrero de 1848, véase RÉMI GOSSEZ, *Les ouvriers de Paris*, bk. 1, *L'organisation, 1848-1851*, vol. 24 de la *Bibliothèque de la Révolution de 1848* (La Roche-sur-Yon: Imprimerie Centrale de l'Ouest, 1967) y SEWELL, *Work and Revolution*, ch. 11.



*Gobierno Provisional formado el 24 de febrero de 1848
después de la derrota electoral socialista*

huelga y para los funerales. Fue en el ámbito político donde las asociaciones de trabajadores de 1848 avanzaron más allá que sus predecesores de 1830. En 1848 las asociaciones de trabajadores llegaron a ser actores políticos. Funcionaron como unidades, por ejemplo, en las numerosas manifestaciones masivas de la primavera y en la campaña electoral de abril. Pero también pensaban extender su papel político mucho más lejos. Preveían que la Comisión de Luxemburgo, que llamaban los “Estados Generales del Trabajo”, llegaría a ser una segunda Asamblea Nacional que representaría a las asociaciones de esas industrias que organizaban y realizaban todo el trabajo de la nación y mantenían la solidaridad republicana fraternal mediante la ayuda mutua. Las asociaciones de trabajadores, en otras palabras, estaban destinadas a ser las unidades constituyentes de una nueva “república democrática y social” basada en la soberanía del trabajo.

Esta visión, proyectada tanto en la teoría como en la práctica del movimiento obrero que creció alrededor de la Comisión de Luxemburgo, estaba destinada al fracaso. La victoria de los conservadores en las elecciones de abril, el fallido *Futsch* de los trabajadores el 15 de mayo y finalmente la sangrienta represión contra las insurrecciones obreras de junio, destruyeron la comisión y muchas de las asociaciones de trabajadores que representaba. Pero el movimiento obrero de la primavera de 1848, que a su vez se basaba en los avances organizativos y conceptuales de principio de los años 30, estableció la pauta para el movimiento francés obrero y socialista durante y más allá de la Comuna. El ideal obrero francés de lo que Bernard Moss ha llamado un “socialismo industrial federalista” se desarrolló a partir de la herencia corporativa de los oficios cualificados urbanos, transformados por los movimientos revolucionarios de las décadas de 1830 y 1840.”

” Moss, *Origins of the French Labor Movement*, p. 3.

La agitación de los primeros años 30 y de 1848 tuvo sus efectos en los trabajadores de las nuevas industrias del algodón, la lana y el lino. El nuevo lenguaje político creado por los artesanos en los años 30 y que maduró en 1848 ciertamente deseaba incluir a los trabajadores de las fábricas como una parte de la clase obrera oprimida y esclavizada por la burguesía. Pero los trabajadores textiles permanecieron en los márgenes del movimiento obrero. El movimiento de los años 30 se concentró en dos ciudades —París y Lyon—, las cuales poseían una mano de obra que en su inmensa mayoría era artesanal. E incluso en la más extensa agitación de 1848, los centros textiles del Norte y el Este fueron de mucha menor importancia. Además, una lectura cuidadosa de los actos de los obreros textiles en los casos en que actuaron, indica una conciencia bastante diferente de la de los artesanos.

Esto queda especialmente claro cuando se trata de las huelgas, o paros laborales concertados. La mayoría de las huelgas en los oficios artesanales eran asuntos cuidadosamente planeados y bien organizados, en los cuales los obreros claramente percibían que sus esfuerzos conllevaban una presión económica sobre los maestros para inducirles a aceptar ciertas regulaciones del oficio: a menudo salarios más altos, pero también revisión de los planes de trabajo a destajo, cambios en las prácticas de contratación, reducción del horario laboral, restricciones en la formación de aprendices, etc. La mayor parte de las huelgas de los operarios textiles eran espontáneas, mal organizadas y de corta duración.³⁴ Como mostró William Reddy, no parece que fueran intentos de presionar a los propietarios de las fábricas textiles para negociar más eficazmente, sino más bien expresiones de ira y solidaridad frente a alguna injusticia percibida.³⁵ Era típico que los obreros de una fábrica reaccionaran con indignación frente a una acción del propietario, abandonaran las máquinas y formaran una multitud fuera de las puertas de la fábrica. Entonces marchaban de fábrica en fábrica, intentando que otros se unieran a ellos. Tras algunas horas, raramente algunos días, de marchar por las calles con tambores y pancartas, la guardia nacional o las tropas irrumpían en la multitud, los obreros se dispersaban y el trabajo seguía como siempre a la mañana siguiente. La finalidad de los paros laborales de los obreros en las fábricas —Reddy duda que “huelga” sea un nombre apropiado— difícilmente puede haber sido presionar económicamente a los propietarios. Si se pretendía eso, ¿por qué los obreros iban a volver a sus puestos en cuanto la multitud se dispersara? En vez de esto, parece que habían estado visiblemente demostrando su indignación unánime mediante manifestaciones, que eran como advertencias públicas a los propietarios —“¡Sólo aguantamos hasta cierto punto!”— más que intentos concertados de ganar concesiones específicas. Las formas que tomaban estos paros laborales difieren muchísimo de las huelgas más disciplinadas y menos expresivas de los artesanos, y parecen haberse basado más en los disturbios de los cereales y las fiestas de los pueblos que en las huelgas de las industrias especializadas urbanas. El carácter sumamente diferente de sus paros demuestra que los artesanos y los operarios de las fábricas textiles vivían en mundos distintos en las décadas de 1830 y 1840. Hubo que esperar al último cuarto del siglo XIX para que se fusionaran genuinamente en un movimiento laboral común.

³⁴ Peter N. STEARNS, “Patterns of Industrial Strike Activity in France during the July Monarchy”, *American Historical Review* 70 (enero 1965): 371-94.

³⁵ William M. REDDY, “Skeins, Scales, Discounts, Steam and Other Objects of Crowd Justice in Early French Textile Mills”, *Comparative Studies in Society and History*, 21 (abril 1979): 204-213, y REDDY, *The Rise of Market Culture: The Textile Trade and French Society, 1750-1900* (Cambridge University Press, 1984), pp. 113-37, 185-204.

Esta separación entre los mundos de los operarios textiles y de los artesanos se remonta al crecimiento de la industria textil *putting-out* en los siglos xvii y xviii. Las relaciones de producción que se desarrollaron en la industria *putting-out* eran muy diferentes de las de la artesanía urbana. Los tejedores e hilanderos rurales a veces llegaban a depender de un comerciante dado —normalmente al contraer una deuda con él—, pero, a pesar de todo, eran agentes libres e independientes cuyos vínculos con el comerciante no eran relaciones salariales sino relaciones de compraventa. En principio, el comerciante vendía la materia prima al hiladero o tejedor, el cual la volvía a vender al comerciante como productos terminados a un precio más alto. Los hilanderos y tejedores podían, y a veces lo hacían, cambiar de un *putter-out* a otro, o incluso comprar su materia prima y vender sus productos en el mercado libre. Las unidades de producción de la industria *putting-out* eran familias rurales independientes, unidas en una serie de redes comerciales superpuestas. Estas familias estaban ligadas a otras familias productoras textiles como miembros de las mismas comunidades de residencia, pero, en contraste con las artesanías urbanas, no existía apenas un sentido de lealtad a un oficio común que trascendiera los lazos familiares y residenciales.

El desarrollo de la producción en las fábricas textiles tuvo lugar en los mismos distritos donde la industria rural ya había sido establecida. Según tenemos entendido, los hombres y mujeres que trabajaban en las nuevas fábricas de tejidos provenían a menudo de las familias rurales productoras de textiles.³⁶ La imagen convencional de las primeras fábricas textiles, imagen que deriva principalmente de los observadores burgueses del xix, es la de unos ejércitos industriales altamente disciplinados que trabajaban bajo reglamentaciones detalladas y exactas, sujetas a la continua vigilancia de los supervisores y a los ritmos, no menos dictatoriales, de la maquinaria. Pero cuanto más sabemos sobre la organización interna de las primeras fábricas de tejidos, sobre todo gracias a las investigaciones detalladas y sensibles de William Reddy, más irreal parece este retrato convencional.³⁷ Dos consideraciones demuestran su inexactitud. Primero, lejos de reducirse a una masa disgregada y estar sujeto a la disciplina abstracta de las máquinas y las reglamentaciones detalladas de las fábricas, la mayor parte del trabajo de las fábricas parece haber tenido lugar en unidades *familiares*, bajo la disciplina de los padres, tíos y tías. Era necesario un equipo de obreros, normalmente compuesto por un hombre adulto y varios niños, para operar una máquina de hilar o un telar y estos equipos eran generalmente unidades familiares de algún tipo. En otras palabras, el tejedor rural, antes independiente, que recibía materia prima del comerciante y la trabajaba en su propio telar con la ayuda de su familia, ahora aceptaba operar en el telar o con la máquina de hilar de un propietario en una fábrica urbana, pero todavía como padre de familia, ayudado por sus hijos y a veces por su mujer, contando ocasionalmente con una sobrina, un sobrino o el hijo de un amigo.³⁸

Segundo, las relaciones entre los propietarios de las fábricas y los trabajadores seguían basándose en lo comercial. El padre de familia que tomaba a su cargo una máquina de hilar o un telar recibía una cantidad de materia prima para transformar. Al final de la semana, las bobinas de hilo o los rollos de tela eran revisados para comprobar su calidad y medidos, y el hilador o tejedor era pagado por su producto según una lista de precios. Lo

³⁶ William M. REDDY, "Family and Factory: French Linen Weavers in the Belle Epoque", *The Journal of Social History*, 8 (invierno 1975): 104, y REDDY, "The Textile Trade and the Language of the Crowd at Rouen, 1752-1871", *Past and Present*, 74 (febrero 1977): 78.

³⁷ REDDY, *The Rise of Market Culture*.

³⁸ REDDY, "Family and Factory", pp. 102-112; "The Textile Trade", pp. 78-81; *The Rise of Market Culture*, pp. 163-65.

que recibía no era un salario por su trabajo, sino un precio por el material que él y su equipo producían. El hilador o tejedor pagaban entonces a sus propios ayudantes lo que se había acordado o, si éstos eran miembros de la familia, se quedaba con toda la paga semanal para los gastos de la familia.³⁹ La medida en que las relaciones laborales en la fábrica seguían siendo esencialmente comerciales es evidente, si observamos ciertos detalles de las formas de pago. En las fábricas hiladoras de la lana y el lino de Lille y Roubaix, los propietarios, después de evaluar y pesar el producto semanal de sus trabajadores, deducían ciertos “descuentos” del precio que se pagaba al trabajador. Estos “descuentos” eran recargos por el calor, la luz y la energía de vapor que el propietario de la fábrica de tejidos proporcionaba a los trabajadores. El precio del vapor era inicialmente de nueve francos por semana, la cantidad que los hiladores tenían que pagar a un trabajador para hacer girar los tornos de las máquinas de hilar de husos múltiples antes del empleo del vapor. Los costes del calor y la luz compensaban por los gastos que los trabajadores soportarían en el sistema doméstico de *putting-out*. Lejos de parecer una situación injusta, estos descuentos eran aceptados inicialmente por los trabajadores; encajaban perfectamente con el idioma comercial de compraventa que regía las relaciones internas de su industria.⁴⁰

En resumen, más que una masa explotada y disgregada, cuyos vínculos primordiales con la familia y la comunidad fueron disueltos en la fábrica y que fueron así preparados para la lección de solidaridad inscrita en las condiciones materiales de la vida en las fábricas, los trabajadores de las primeras fábricas textiles siguieron viviendo su trabajo como unidades familiares independientes implicadas en una red de relaciones comerciales. Descendientes de tejedores e hiladores semicampesinos, alejados de la influencia de los valores corporativos y las formas organizativas que impregnaban a los oficios especializados urbanos, no compartían con los artesanos su sentido del oficio y del trabajo profundamente social y corporativo como centro de la comunidad moral. Por tanto, entendían sólo a medias el mensaje de los artesanos respecto a la asociación y la fraternidad de todos los trabajadores. Aunque los artesanos consideraban que su mensaje era válido universalmente, el estilo corporativo que lo impregnaba significaba que en realidad atraía principalmente a otros artesanos. Fue al llegar el segundo gran estallido de agitación y organización socialista, en las décadas que siguieron a la Comuna, cuando los trabajadores de las fábricas y los artesanos se integraron en un movimiento laboral común dotado de una conciencia de clase.

Traducción de Marina Sanchis Martínez

³⁹ REDDY, “Objects of Crowd Justice”, pp. 207-209.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 207-208, y REDDY, *The Rise of Market Culture*, pp. 211-13